

LA NARRATIVA POLICIAL POSMODERNA Y EL CUESTIONAMIENTO DEL COMPROMISO: EL CASO DE EDMUNDO PAZ SOLDÁN

NINA PLUTA
UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA DE CRACOVIA

Es interesante observar cómo los motivos desprendidos de la trama criminal permean en la literatura actual, subvirtiendo los valores de la convención clásica. Sea detectivesca, basada en la investigación, o “negra y criminal”, enfocada en los delitos nuestros cotidianos, a menudo la convención criminal es tratada hoy como punto de partida para una indagación del mal, evidente y a la vez misterioso. Este tipo de aprovechamiento se puede observar en la obra de los escritores hispanoamericanos actuales como Roberto Bolaño, Guillermo Fadanelli, Roberto Piglia o Edmundo Paz Soldán, autor boliviano a quien dedicamos el grueso de este trabajo.

Lo detectivesco se convierte en “seudodetectivesco”, ya que se esbozan los conflictos típicos que propulsan una trama criminal, originadores del suspense, pero no se les da un desarrollo pleno, es decir, la revelación del crimen no lleva necesariamente a la revelación de su autor.¹ En consecuencia, el clásico esquema de detección queda

¹ Desarrollo fundamental para el relato criminal, respaldado por la convicción moral colectiva de que el crimen exige punición. Imponiendo el final punitivo, el relato policial típico presume en cierto modo de contrarrestar la arbitrariedad, la de la fortuna injusta en la vida humana y, a nivel narrativo, la de un relato literario cuyo fin dependiera sólo del capricho autorial (Dubois, 1992: 139-141). El final abierto pervierte hasta tal punto la fórmula que nos podemos preguntar si cabe hablar todavía de género criminal. Lo hace sin embargo un número considerable de novelas de las últimas décadas inspiradas en esta convención.

disgregado; en cambio, se mantiene el ambiente sensacionalista. Al mismo tiempo, los significados latentes de lo criminal, tales como el alcance del conocimiento humano o la impunidad del mal, han sido evidenciados y puestos en marcha de mil maneras.²

Una de las modalidades recientes de la narrativa hispanoamericana actual que reutiliza los motivos criminales es aquella que conjuga el policial metafísico con los temas políticos y sociales. En *La materia del deseo*, una de las novelas más conocidas del boliviano Edmundo Paz Soldán (1967), un misterio familiar da pábulo a reflexiones en torno a los códigos y los sistemas de mediación del saber. Pero el misterio no deja de ser el de la muerte del padre del narrador, un guerrillero boliviano de la época de las dictaduras de las décadas 1960-80. El misterio se imbrica además en una historia que cuenta el proceso de la maduración de este mismo narrador; maduración en distintos aspectos: como pareja, como profesor, como boliviano; maduración que no queda completada, por cierto. Enigmas cognoscitivos, crímenes de la historia, problemas sociales: todo ello en un mismo texto.

Esta tendencia me parece extensible a la de otros novelistas hispanoamericanos de hoy como Ricardo Piglia, Roberto Bolaño, Guillermo Fadanelli, Rodrigo Rey Rosa. Lo común para la narrativa de todos ellos es que la relación intertextual íntima con el género criminal en su vertiente metafísica no excluye referencias a una determinada realidad social. En este sentido, sus relatos se distinguen de los que se adscriben a otro subgénero muy vigoroso, el neopolicial. A diferencia del neopolicial, un papel destacado lo desempeña aquí la metatextualidad: la reflexión sobre la lengua, la literatura y otros códigos culturales está muy presente. Pero la dimensión paródica y metatextual va a la par con la crítica de la democracia degradada y la corrupción criminal que persiste en varios países hispanoamericanos. De tal encuentro surge un contraste bastante peculiar entre, por un lado, motivos rabiosamente posmodernos y por otro lado, sucesos y acontecimientos como entresacados de un alegato naturalista.

Francisca Noguerol, presentando recientemente la situación del género en México, clasifica las obras últimas que reanudan la novela criminal en torno a dos polos: el neopolicial, versión contemporánea

² Entre las revisiones más recientes de las modificaciones de la fórmula detectivesca en la narrativa hispanoamericana desde el modernismo, véase el trabajo de Sonia Mattalia (2009).

de la novela negra en el contexto latino, y el relato detectivesco metafísico (Noguerol, 2009). De hecho, en varias novelas hispanoamericanas actuales estos dos polos pueden condensarse en un solo texto, sin cuadrar exclusivamente en ninguno de los subgéneros.³

En las novelas de Edmundo Paz Soldán, que estudiaremos más adelante, el motivo del misterio es susceptible de convertirse en el objeto de investigaciones llevadas por personas corrientes, detectives improvisados; sin embargo, el argumento detectivesco se funde con otros, de tipo costumbrista, político o sentimental, resultando en una suerte de realismo crítico, en un sentido renovado del término y con fuertes dosis de suspense.

Es cierto que las investigaciones de sus protagonistas se engrosan, por un lado, de significados filosóficos en la línea del así llamado relato policial metafísico. Esta modalidad post-borgeana se afirma a partir de mediados del siglo XX, y en ella la simple pregunta *whodun'it* (escueta y concreta) de la narrativa detectivesca tradicional llega a complicarse notablemente. Las interrogaciones se multiplican, coincidiendo con aquellas que trae la crisis del conocimiento de la filosofía posmoderna: ¿Es la verdad accesible y bajo qué condiciones filosóficas? ¿Los medios de comunicación y las tecnologías facilitan o mediatizan de forma negativa la relación del hombre con su entorno y su conocimiento de la historia y la sociedad? ¿En qué sentido el crimen y la culpa no son individuales sino colectivos? Pero en el típico policial metafísico (como el de Thomas Pynchon, Paul Auster o algunos casos hispanoamericanos recientes: *Amphitryon* [2000] del mexicano Ignacio Padilla o *El teatro de la memoria* [2000] del argentino Pablo de Santis) hay una fuerte alegorización del espacio y de la acción que se desarrolla en él, mostrando de forma figurada

³ Noguerol subraya la hibridez de los textos contemporáneos inspirados hoy en México por el género criminal, ya que dentro de los dos grandes grupos enumera varias modalidades: dentro del neopolicial, las que, por ejemplo, privilegian “la mirada del otro” (víctima, asesino), las que imitan el estilo periodístico, las que se concentran en los crímenes del estado; dentro del policial metafísico, la variante paródica, deconstructiva, metaficcional (Noguerol, 2009: 173-195).

Las obras hispanoamericanas citadas, aunque hilvanen una reflexión filosófica sobre problemas universales, y ante todo, sobre el mal, hacen claras referencias a la situación política y a los procedimientos, a menudo criminales, del estado. De manera parecida, algunas novelas “criminales” atípicas de otras lenguas, sin ser “negras” propiamente dichas, conectan el mal que persiguen los protagonistas con la política corrupta (p. ej. *A cada cual lo suyo*, 1966, de Leonardo Sciascia o *La cabeza perdida de Damasceno Monteiro*, 1997, de Antonio Tabucchi).

cómo el hombre se abre trabajosamente el camino a través de las construcciones de su propio intelecto. Abundan laberintos espaciales y textuales, simulacros, dobles y objetos que condensan simbólicamente las contradicciones y paradojas lógicas. El texto se vuelve alegoría de su propia lectura (Merivale & Sweeney, 1999).

Y sin embargo, en las novelas de Paz-Soldán, como en algunas otras de Bolaño o Piglia, lo criminal paródico o metafísico se encuentra anclado en un mundo con claros referentes en la actualidad social y política hispanoamericana. Como ya he señalado, no me parece acertado calificarlas como “neopoliciales”, ya que la dosis de reflexión metatextual (sobre la lengua, la literatura y otros códigos culturales) es considerable y los protagonistas suelen ser intelectuales u hombres de letras.

En suma, en este tipo de narrativa reciente la relación intertextual íntima con el género criminal en su vertiente posmoderna no excluye una especie de compromiso crítico con una determinada situación social. Pasemos a ilustrarlo con el ejemplo de algunas novelas de Edmundo Paz Soldán.

En la trama de sus dos novelas, *La materia del deseo* (2001) y *Palacio Quemado* (2006) se observa un esquema similar: el protagonista bucea con nostalgia en el pasado de su familia y se topa ahí con misterios que luego resultan conectados con la historia reciente de Bolivia. El roce entre la ideología de la generación más joven y aquella que vivió los dramas de la época de las dictaduras (1964-82) está presente en la mayoría de las novelas de este autor. En los años 90 del siglo anterior empezaron a publicarse en Hispanoamérica novelas donde, tras un período de silencios y reajustes, se fueron asumiendo los trágicos conflictos de la historia reciente. Se construyeron situaciones ficcionales en las que la generación de los hijos reinterpreta el pasado de sus padres, implicados en las guerrillas y la oposición, o bien en las instituciones del terror.⁴

⁴ Según Ricardo Piglia, “el uso de una genealogía familiar como esqueleto de la intriga” y “la idea de que las historias se heredan de generación en generación” son faulknerianos (Piglia, 2001). Se podría añadir que, en otro orden de cosas, derivan también del enfoque psicoanalítico. En las novelas que revisamos aquí habría que añadir, además, la dimensión sociopolítica: la transmisión de las culpas políticas y el recambio generacional tras el debilitamiento de los movimientos izquierdistas en el mundo, asimismo en América del Sur, a partir de los años 80 del siglo XX.

Las pesquisas sobre el pasado familiar que realizan los hijos en las novelas de Paz Soldán están jalonadas por motivos como libros, textos, crucigramas, mensajes, imágenes inconexas, que suscitan reflexiones sobre cómo los códigos culturales determinan la relación entre el hombre y su mundo. De ahí que se inscriban parcialmente en la tendencia de lo policial metafísico. Sin embargo, estos motivos no llegan a abstraer lo narrado del contexto socio-político boliviano. En el fondo y a veces en el primer plano están las huelgas y las tensiones sociales originadas en la pobreza y la precariedad de la vida de la mayor parte de la población. Hay también múltiples referencias a la época de las dictaduras y en varias ocasiones aparece el presidente Montenegro, trasunto de Hugo Banzer, dictador en los años 70, luego presidente reelecto en la democracia⁵.

De la distancia temporal entre una y otra generación surge un “extrañamiento” natural, por usar este oxímoron. Los hijos abordan, desde una perspectiva nueva, las cuestiones espinosas que sus padres vivieron en carne propia. El juicio de los sujetos que reescriben la historia hoy va a diferir de lo que puedan decir de su pasada contemporaneidad los predecesores, los que fueron afectados directamente por las dictaduras. Lo que no implica necesariamente imparcialidad u objetividad, ya que en las ficciones de Paz Soldán no se trata para los protagonistas jóvenes de una historia remota y clausurada, sino de conflictos que estremecieron los fundamentos de sus familias, es decir, marcaron sus propios orígenes. Y el personaje del padre (o de alguien que metonímicamente significa la generación anterior: p. ej. hermano mayor, tío) funciona como enlace entre la conciencia individual y la colectiva, entre lo familiar y lo político, la historia y la actualidad.

Los jóvenes cuestionan y desacralizan a los héroes de la época de las dictaduras. Y así, el padre guerrillero ejemplar, cuyo pasado plantea un misterio para Pedro en *La materia del deseo*, se revela paulatinamente como una persona autoritaria y ambigua, con varios crímenes a cuestas. El hermano contestatario, muerto hace años, en *Palacio Quemado*, resulta haber sido tan sólo un cabeza loca. En ambas novelas, las lagunas de la historia privada que investigan los jóvenes protagonistas se llenan de ambigüedades, al igual que las de la

⁵ De manera parecida, en algunas novelas españolas, por ejemplo de Antonio Muñoz Molina, la pesquisa del pasado (época de la guerra civil) que llevan los hijos se acompaña por reflexiones sobre el conocimiento, el arte y la lengua (*El jinete polaco*, 1991; *Beatus ille*, 1986).

historia oficial. Buscando la verdad sobre el padre o el hermano, los protagonistas descubren al mismo tiempo el sufrimiento de las víctimas de las dictaduras, las fallas morales de los héroes de la oposición; en suma: reconstruyen biografías torcidas por las vicisitudes políticas.

Se desmitifica pues a los mayores en el simbólico parricidio; pero este último no se convierte en un acto plenamente liberador, ya que los protagonistas no llegan a sustituir el “ethos” de los mayores por un nuevo ideario positivo. Las razones de su indefinición política son muy diversas; entre ellas destaca una profunda revisión de la noción misma del compromiso.

Tras la época de las dictaduras, Bolivia inició un proceso de democratización y reorganización económica, que, sin embargo, no redujo las diferencias abismales entre los grupos pudientes y los pobres, de los que la mayor parte son indios y mestizos. Los protagonistas de Paz Soldán se distancian del ideario político de sus familias, criticando la indiferencia ante un *statu quo* social injusto, pero no lo hacen de forma brusca ni asumiendo roles políticos relevantes. Critican a los demás, y se critican ellos mismos, aborreciendo su propia indecisión y su falta de integridad moral. Lo que más se destaca en el perfil de los protagonistas es un distanciamiento escéptico de todo tipo de activismo, sin duda reflejo de los dilemas del propio autor. En una entrevista realizada en 1999, éste reconoce que le interesa “el tema de la buena o mala conciencia” de los hijos de familias burguesas, quienes no están de acuerdo con el racismo arraigado en la sociedad, ni con el desinterés de su clase por el destino de los que viven en el umbral de la pobreza. Paz Soldán califica sus propios escrúpulos, y los de sus compañeros de clase y generación, como “una culpa tibia” que no lleva a ninguna parte. Afirma sobre la clase media boliviana, el universo de su infancia, que “[e]s un mundo despreciable, pero muy novelable, y yo tengo con él una relación de amor y odio porque es donde me crié, nunca acabo de rechazarlo del todo, aunque siempre me he sentido incómodo”. (Pajares Tosca, 1999).

El compromiso de los protagonistas parece reducirse a las luchas interiores, que terminan agotándolos y sumiéndolos en la inercia. Se rebelan contra sus padres, pero sucumben ante su propio conformismo. Pedro, en *La materia del deseo*, da cursos sobre la guerrilla boliviana de los 70 en la que militó su padre, y escribe artículos superficiales sobre Latinoamérica en la prensa

norteamericana. Su padre, líder guerrillero, muerto en una emboscada, se convirtió en un héroe, mientras que el hijo, treinta años más tarde, confiesa sinceramente su incapacidad de tomar decisiones definitivas. En su carácter se transparenta algo como un aborrecimiento innato de toda acción extrema. Esta reticencia se manifiesta también en su vida privada: en un momento crucial, renuncia, por miedo al escándalo, al amor más encendido de su vida.

A su vez, Óscar, el narrador de *Palacio Quemado* pone su habilidad retórica al servicio de un gobierno tecnócrata, que lleva una política puramente electoralista y dado el caso, contesta con tiros a las huelgas. Óscar representa un caso extremo de falsa conciencia. Piensa que con las imágenes verbales que inventa para los discursos del presidente podrá influir positivamente en la realidad social. Esa ingenuidad la pagará simbólicamente: un grupo de jóvenes proletarios indígenas le azotará durante una huelga. Óscar, como otros personajes del boliviano, desecha la retórica izquierdista tradicional. Sin embargo, en los ojos de su hermana lee “esa capacidad que [ella] siempre había tenido... para asumir las culpas de nuestra clase y defender la causa de los más necesitados” (Paz Soldán, 2006: 119), capacidad que probablemente le envidia. En *La materia del deseo*, Pedro expresa algo parecido diciendo “Hubiera querido tener esa fe, no escudarme siempre en el fácil escepticismo, en el irónico estar de vuelta de todo”. (Paz Soldán, 2001:83).

Desechando por un lado la acción política radical, ajenos a partidismos exacerbados, pero por otro lado indignados con la injusticia y pobreza endémicas en su país, los protagonistas de Paz Soldán encarnan las contradicciones de la conciencia política de muchos de los jóvenes hispanoamericanos actuales. No les apetece organizar mítines, pero tampoco resguardarse en “una vida de primer mundo olvidando que [éste es] el país más pobre de Latinoamérica”, (Pajares Tosca, 1999). Entre estos polos no llegan a encontrar una “tercera” vía satisfactoria.

Desprovistos del optimismo de la izquierda hispanoamericana de los años 60 del siglo XX, los jóvenes manifiestan una conciencia aguda de las razones que llevaron al colapso de las utopías, así como de las graves deficiencias sociales de la actualidad; pero todo eso no son sino ejercicios de inteligencia. Esta incompatibilidad entre una aguda conciencia del mal y la falta de códigos morales “fuertes” para combatir sus causas, es una de las características de la posmodernidad

y su “debilidad” ética, como opina el sociólogo Zygmunt Bauman (2007).

No obstante, si hay una esfera en la que sí se observa gran actividad, activismo incluso, ésta es la mediática y la virtual. Frecuentando las nuevas dimensiones de la experiencia, gracias a las nuevas tecnologías de la imagen y de comunicación modernas, los protagonistas hispanoamericanos se vuelven miembros legítimos de la comunidad global. El autor boliviano considera que tanto él como otros escritores de su generación aclamada como McOndo en los años 90, fueron los primeros en dar cuenta cabal de cómo, gracias a cadenas como MTV y tecnologías como Internet, ha cambiado la realidad cotidiana de sus compatriotas.⁶ En las novelas comentadas los recursos modernos les ayudan a llevar a los protagonistas sus pesquisas sobre los misterios familiares. Estos medios intervienen pues en su comprensión de la realidad actual e histórica. Y así, un mensaje sobre el pasado guerrillero del padre de Pedro, de *La materia del deseo*, se oculta bajo el alud de imágenes cambiantes en un vídeo de música rockera. El vídeo lleva por título “Berkeley”, igual que la críptica novela escrita otrora por el padre, héroe de la oposición. En *El delirio de Turing* se planifica en Internet, y por medio de avatares digitales, una revolución dirigida contra el gobierno corrupto de Montenegro (nombre con que, como se ha señalado, se ficcionaliza en varias novelas al presidente boliviano Banzer). Para Sebastián, de *Sueños digitales*, la realidad del Photoshop es más efectiva que la que permanece fuera del ordenador. A este protagonista lo vemos adquirir el reflejo de “digitalizar” todo lo visto - fotografiar mentalmente- para poder retocarlo y modificarlo después. Lo contratará el gobierno para que vaya quitando de las antiguas fotos del presidente Montenegro los detalles comprometedores (como el de inmortalizarse en compañía de los verdugos de la dictadura).

Es en el espacio visual y digital donde se descarga, pues, la energía de los jóvenes latinoamericanos actuales, energía antes traducida en acción armada. La realidad digital que habitan ahora, con fronteras porosas, atiborrada de informaciones caóticas y sujeta a transformaciones constantes, produce una desorientación parecida a la que experimentaron ya los personajes de la novela posmoderna y del

⁶ “[N]os hemos dejado seducir por las nuevas tecnologías digitales [y los productos massmediáticos], a veces muy fácilmente, sin llegar a articular ningún tipo de mirada crítica a la forma en que transforman nuestras subjetividades y nuestras sociedades”. (Paz Soldán, 2002). Citado por Díez Cobo, 2008: 6.

relato policial metafísico arriba comentado. Quiero decir que el ambiente de duda ontológica (término de McHale) que les hace a los protagonistas perder el sentido de realidad y de identidad era ya habitual en una parte de la prosa del Occidente bastante antes de la revolución informática. Sólo que en las novelas así llamadas “posmodernas” -de Eco, Pynchon o Auster- se manipulaba todo tipo de textos escritos e imágenes no digitalizadas, mientras que hoy estos mensajes más tradicionales se han mezclado, en la prosa del nuevo siglo, con “formatos”, por así decirlo, más recientes (vídeos, e-mails, SMS, blogs, imágenes manipuladas en ordenador).

El protagonista de *Sueños digitales*, experto en Photoshop, se desliza fascinado por la superficie visual de las cosas y las personas. Pedro de *La materia del deseo* y su tío crean crucigramas, que, bajo su inocente faceta de pasatiempo, sugieren misterios inapresables; un personaje de *El delirio de Turing* es un experto en criptoanálisis que descifra mensajes y desarma códigos sirviéndose de programas computacionales. Está obsesionado por el significado, lo cual es una disposición mental muy típica del policial metafísico:

Uno de los policías tiene en su solapa un broche de metal con un escudo de colores albirrojos. ¿Qué quiere decir? Ésa es la pregunta que siempre te haces, la inevitable búsqueda de la madriguera donde se esconde el sentido. Porque asumes que nada de lo que encuentran tus ojos es lo que es; casi todo es símbolo, metáfora o código de otra cosa. La forma nerviosa de gesticular que tiene el policía, con los brazos extendidos y agitando los dedos como si estuviera utilizando un lenguaje incoherente para hablar con los sordos; que el cinturón de cuero se haya saltado una de las rejillas de los pantalones. Todas las respuestas deberían conducir a una sola. [...] Si el programa fuera computacional, se trataría de tres o cuatro líneas de código, responsable de explicar tanto las mareas como las manchas del leopardo y la multiplicidad de lenguajes y los movimientos de tu mano derecha y el vuelo de las moscas y el nacimiento de las galaxias y Da Vinci y Borges y la cabellera pegajosa de Flavia y la sombra que proyectan los sauces llorones y Alan Turing. A veces te cansa la incesante artillería de tu cerebro, incapaz de descanso aun en sueños, y te preguntas sobre la pregunta y te dices ¿cuál es el sentido de preguntarse por el sentido? (Paz Soldán, 2004: 244-245)

Estamos en el reino de la representación y de los sistemas de mediación: verbales, digitales, algorítmicos; visuales también, como en *Sueños digitales*, donde Sebastián se desliza por la superficie

visible de la cosas. Vamos, junto con los personajes, a la caza del significado huidizo, a la aventura del conocimiento cuyas bases han sido minadas en el universo de movilidad incesante. Desde tantos textos fragmentarios, desde los micrófonos y las pantallas, los escaparates y los tabloneros publicitarios parece acechar algún mensaje secreto. Se despierta entonces el instinto investigador:

La novela estaba plagada de mensajes secretos, de criptogramas que los personajes hacían circular constantemente.... [L]a telegrafía o la computadora... eran medios ideales para transmitir mensajes cifrados, para convertir al mundo en un código secreto. Mi idea era que esos mensajes dispersos... remitían a un solo código, el centro que unía el laberinto textual. Como si la escritura detrás de la trama fuera capaz de ocultar una escritura aún más secreta. (Paz Soldán, 2001: 142).

A pesar de la saturación informativa, el sentido es terco y el mensaje, doble o triplemente cifrado, no deja de oponer resistencia:

Mi destino, esos días, parecía ser el de perderme en los laberintos de mis propias fantasías hermenéuticas. La culpa acaso no era de los textos sino de lo que yo les exigía a ellos, en mi afán sobreinterpretador, mi capacidad de bifurcarme en mil minucias que atentaban contra la posibilidad de una lectura matriz. Quizás a veces un puente significaba un puente. Quizás. Me era imposible aceptarlo así; iba contra mi naturaleza, que veía en torno a él una conjura de códigos que necesitaban ser descifrados para aprehender el universo. (Paz Soldán, 2001: 126)

Por más que crezca su curiosidad y su miedo, los protagonistas están siempre lejos, irremediadamente, de resolver el misterio, que va adensándose alrededor de ellos. Se van perdiendo en lo que el narrador de *La materia del deseo*, en un homenaje a Borges, llama: “Jardines de jardines de proliferantes senderos, inagotables formas de agotar la vida de un hombre, la vida de un texto”. (Paz Soldán, 2001: 127).

De hecho, las novelas de Paz Soldán eluden un final cerrado para la investigación realizada por sus protagonistas, por lo cual no cuadran en el esquema criminal clásico. Por ejemplo, no queda claro si el colapso final de Sebastián en *Sueños digitales* es resultado de su trastorno mental o bien, de un trastorno “objetivo” en la realidad

manipulada. Y Pedro de *La materia del deseo* no es capaz de optar por una de las historias que ha llegado a reconstruir:

Conjeturas, conjeturas. Todo venía a mí, yo era el lugar de encuentro de las diferentes versiones de la historia. Quería quedarme con sólo una versión y descartar las demás: así mis noches serían más tranquilas. No podía. (Paz Soldán, 2001: 283)

Como otra huella de las inquietudes características para el policial posmoderno metafísico, se evidencia también un estado de ánimo resultante de la continua necesidad de sobreinterpretar los signos y mensajes de la realidad. Tal atención degenera en un exceso: la sospecha paranoica. Y así, observamos a Sebastián de *Sueños digitales* sucumbir finalmente a las mismas reglas de manipulación de la realidad de las que él ha abusado al “maquillar” en Photoshop a los políticos comprometidos. Al final es él quien se cree “digitalizado” y se vuelve presa de una suspicacia paralizadora:

Pero no era tan corriente ni aceptado. [...] De otro modo, no sentiría que, apenas abandonaba los límites de la Ciudadela y bajaba rumbo a Río Fugitivo [...] alguien lo seguía a prudente distancia. Una sombra que se ocultaba entre las sombras apenas giraba el cuello en su busca, o un auto que pasaba junto a él y se perdía y volvía a aparecer al cabo de unos minutos, o una mirada furtiva entre los pasajeros del bus que lo llevaba a la ciudad. Era una sensación imprecisa pero inequívoca. (Paz Soldán, 2000: 161)

La incertidumbre se apodera de los protagonistas, pero cabe notar, no obstante, que en comparación con el policial metafísico de las décadas 70-90, los ambientes de sus peripecias han cambiado y se han vuelto más concretos. Las bibliotecas y las ciudades laberínticas y alegorizantes del posmodernismo [trasuntos de la ininteligible realidad] son sustituidos en las ficciones de Paz Soldán por espacios y momentos históricos bien identificados, realistas: las calles de La Paz, los suburbios en huelga o las universidades en Estados Unidos. Al mismo tiempo, los protagonistas parecen haber naturalizado por completo el miedo a la inestabilidad de los significados. Lo que en la primera novela posmoderna era una iniciación, un descubrimiento estremecedor de que la realidad se ha reducido a sus códigos o simulacros, hoy es una experiencia cotidiana. De ahí que se la explicita tan claramente, desde un mundo representado de manera

realista: “Estamos perdidos en un mar de símbolos”, dice Pedro de *La materia del deseo*, “y nos desesperamos por descubrir el que realmente cuenta. Pero los años nos gastan, y en el fondo cada pista que encontramos en el camino tiene la misma jerarquía de las demás”. (Paz Soldán, 2001: 266).

Debido a la presencia de la parafernalia global e informática, por una parte, y de los motivos que se refieren a la transmisión del saber (código, texto secreto, mensaje visual, pista misteriosa), podría despacharse a Paz Soldán como escritor posmoderno, sin más. Sin embargo, el arraigamiento de las historias privadas en los dramas de la historia colectiva le da a las ficciones del boliviano un toque especial. Si se repasan uno a uno los motivos a primera vista posmodernos, cargados de asociaciones epistémicas, resultará que la mayoría de ellos apuntan de hecho a la experiencia colectiva de los bolivianos. Un ejemplo: la hermética novela *Berkeley*, escrita por el antiguo guerrillero izquierdista y adaptada años después como vídeo por un grupo rockero, está plagada de alusiones a un trágico hecho de los tiempos de la dictadura: en concreto, a la emboscada organizada por los paramilitares, en la que murió el padre del protagonista.

Los símbolos de la era global adquieren pues aquí un carácter propio en una especie de “glocalización” literaria. Recordemos que en la sociología, “glocalización” es el proceso de adaptación y naturalización de las estrategias y tecnologías de la globalidad en diferentes suelos locales (Robertson, 2000).

Hay más ejemplos de este tipo de arraigo local: los “seres digitales” de Sebastián de *Sueños digitales* son engendrados en Photoshop a partir de las fotos de dos personas conocidas. Da la casualidad de que el primer personaje artificial de esta serie lleva la cabeza del Che.

Aunque durante las investigaciones de los protagonistas de Paz Soldán surgen dilemas posmodernos -tales como aporías del conocimiento, paranoias de saturación informativa, desarraigo de nómada- el contexto sociopolítico en que viven inmersos no se deja reducir a un mero juego de significados. La realidad no desaparece. Cuando en *El delirio de Turing* un grupo clandestino actúa a través de un juego de simulación es, al fin y al cabo, para montar una revolución que trascienda a la realidad y que ponga fin a la corrupción y a los excesos de la política neoliberal en Bolivia. En definitiva, en todas las novelas de Paz Soldán, a pesar del ajetreo virtual y mediático, la verdadera apuesta es la historia real -la de una familia a

la que no ha dejado de afectar la política y el fermento social. Esta historia es la que se quiere entender y desmentir; la que bajo la forma de los misterios familiares, tiene fascinados a los protagonistas, amarrados al pasado; y no los deja a la deriva de la semiosis perpetua.

Entonces el posmodernismo no es radical; aquí significa sobre todo un cambio parcial de decorado en la vida cotidiana: nuevas imágenes, nuevos sonidos, nuevas marcas de productos que se hacen accesibles a la clase media urbana de Bolivia. Pero todos siguen en contacto con la miseria en que viven las mayorías y con sus secuelas violentas. En el fondo de los misterios privados se agazapan los abusos económicos y los crímenes políticos. Algo de ello presiente Sebastián en *Sueños digitales*:

Cuando veía los edificios que surgían en la ciudad como hongos hiperbólicos, los hipermercados y los centros comerciales pletóricos de Nautica y Benetton, Sebastián se preguntaba por la zona de sombra que ocultaban, la infraestructura invisible que los sostenía. ¿Qué dinero turbio o no tanto se escondía ahí, qué manejos clandestinos, qué crueldades y zozobras, qué arteras puñaladas en la espalda? (*Paz Soldán*, 2000: 22)

Las dudas del detective metafísico terminan recayendo pues en la esfera de la vida colectiva boliviana, y las vicisitudes posmodernas de los protagonistas terminan contribuyendo a exorcizar la historia nacional. La literatura activa aquí entonces una de sus funciones tradicionales: la de integración de una determinada comunidad.

Por otro lado, integrarse socialmente, sentirse identificado con los compatriotas se ha vuelto una meta delicada en estas últimas décadas. La doble pertenencia de los protagonistas, a la cultura global y a la local, se refleja también en sus desplazamientos. Realizan viajes pendulares, entre Estados Unidos y Bolivia (*La materia del deseo*, *El delirio de Turing*), así como entre las ciudades bolivianas. También viajan a otras dimensiones. Internet ofrece pues el acceso a los valores simbólicos que distribuyen las sociedades tecnológicamente avanzadas como la norteamericana: imágenes y sonidos de alta calidad, herramientas de modificación y transmisión de datos de cualquier tipo, diversos canales que ofrecen comunicación inmediata y fomentan el sentimiento de ubicuidad. Pero los “viajes virtuales” producen también desarraigo. Por un lado, libertad total, pero por otro, el sentimiento de precariedad, de expulsión del que fuera tiempo cíclico, de aturdimiento (Bauman, 2007):

Uno vuelve de los viajes con los bolsillos llenos, con otros saberes y otros olvidos, contaminado y dispuesto a contaminar, para que lo que es deje de ser más rápido de lo que suele dejar de ser, para que el reino de lo temporal clave de una vez por todas sus garras en este mundo. (Paz Soldán, 2001: 12)

Se asume en un principio la identidad nómada y el hecho de “ser latinoamericano de lejos” (Paz Soldán, 2001: 99). Pedro afirma estar así “más en contacto con [su país] y el continente de lo que estaría si viviera allí” (Paz Soldán, 2001: 98). Como argumenta Robertson, las nuevas actitudes vitales formadas en la era global, no suponen tan sólo pérdida -de lugares estables o de rasgos distintivos; los individuos tienden asimismo a personalizar y “rutinizar” sus nuevas modalidades de la existencia (Robertson, 2000). Reconstruyen el concepto del “hogar”, en unas condiciones de movilidad extrema, que no se parecen a las de cuarenta años atrás. Así, los bolivianos nómadas posmodernos de Paz Soldán hacen el esfuerzo de autodefinirse en un espacio de coordenadas cambiantes. No les abandona, sin embargo, la nostalgia del hogar de la infancia; lugar fijo, símbolo de una época de antes de la globalización:

Mi forma de vivir transhumante en la última década, mi continuo ir y venir entre dos polos, me permitía la elasticidad de sentirme cómodo en ambos lugares. Había sin embargo una suerte de molestia subterránea, la sospecha de que esa elasticidad podía también significar no sentirme cómodo en ningún lugar... Quizás había ya vivido mucho tiempo en otros ámbitos, y me era imposible volver a casa sin deseo alguno de estar en otra parte. Quizás abrazar el vaivén tenía un precio exorbitante que todavía no había empezado a pagar. (Paz Soldán, 2001: 124)

La imposibilidad de integrarse ya de pleno en su comunidad de origen es ilustrativa de la manera en que una parte de los hispanoamericanos asimila las nuevas condiciones vitales. Los jóvenes de Paz Soldán son nómadas y turistas con rasgos similares a los de otros miembros de la aldea global. Usuarios de las tecnologías, clientes de las multinacionales, permanecen sin embargo conscientes de las lacras sociales del “capitalismo de pacotilla” boliviano. Les duele Bolivia.

Estas novelas presentan pues, en definitiva, el proceso de la toma de la conciencia de los bolivianos de la clase media a principios del nuevo milenio. Los protagonistas son lúcidos y educados, pero no llegan a optar por una forma concreta y efectiva de participación comunitaria. El compromiso en su sentido tradicional, izquierdista y libertario, se ha sustituido por una preocupación distanciada.

Este cuestionamiento de las antiguas formas de compromiso se hace, sin embargo, en el marco de una trama emparentada con el policial metafísico. A propósito de la complejidad genérica en la literatura de las regiones postcoloniales, un crítico estadounidense argumenta que, como el relato detectivesco toma siempre como base unas convenciones establecidas en las culturas anglosajonas, es inevitable pues que hoy adquiera la forma de un “híbrido sincrético” (Christian, 2001). Se podría cotejar esta afirmación con la del protagonista de Paz Soldán: “Lo cierto es que allá [en Bolivia], hay que lidiar a la vez con problemas premodernos y modernos, incluso posmodernos” (Paz Soldán, 2004: 43-44). La hibridez genérica parece resultar pues de los usos “glocales” de la convención policiaca.

BIBLIOGRAFÍA

- Bauman, Zygmunt (1997), *Postmodernity and its Discontents*, New York, New York University Press.
- Christian, Ed (2001), “Introducing the Post-colonial Detective: Putting marginality to Work”, en Ed Christian, *The Post-colonial detective*, Palgrave Macmillian, pp. 2-10.
- Díez Cobo, Rosa María (2008), “Globalización y nuevas corrientes poéticas en la narrativa hispanoamericana”, en: <http://viicitclot.fahce.unlp.edu.ar/Members/spastormerlo/actas-del-vii-congreso-internacional-orbis-tertius-1/ponencias/DiezCobo.pdf>, consultado el 28.08.2010.
- Dubois, Jacques (1992), *Le roman policier ou la modernité*, Paris, Nathan.
- Mattalia, Sonia (2009), *La ley y el crimen*, Madrid/Frankfurt, Iberoamericana/Vervuert,

- Merivale, Patricia, y Susan Elisabeth Sweeney (eds.) (1999), *Detecting Texts: The Metaphysical Detective Story from Poe to Postmodernism*, Philadelphia, University of Pennsylvania Press.
- Noguerol Jiménez, Francisca (2009), “Entre la sangre y el simulacro: últimas tendencias en la narrativa policial mexicana”, en José Carlos González Boixo, *Tendencias de la narrativa mexicana actual*, Madrid/Frankfurt, Iberoamericana/Vervuert, pp.169-196.
- Pajares Tosca, Susana (1999), “Entrevista: Edmundo Paz Soldán”, *Especulo*, 12; en: http://www.ucm.es/info/especulo/numero12/paz_sold.html, consultado el 13.10.2009.
- Paz Soldán, Edmundo, (2000) *Sueños digitales*, Barcelona, Anagrama.
- , (2001) *La materia del deseo*, Barcelona, Anagrama.
- , (2004) *El delirio de Turing*, Barcelona, Anagrama.
- , (2006) *Palacio Quemado*, Barcelona, Anagrama.
- Piglia, Ricardo (2001), “Sobre Faulkner”, en *Crítica y ficción*, Barcelona, Anagrama, pp. 125-134.
- Robertson, Roland [1977] (2000), “Glocalización: tiempo-espacio y homogeneidad- heterogeneidad”, *Zona Abierta*, 92-93, pp. 213-242.